

**Landesbibliothek Oldenburg**

**Digitalisierung von Drucken**

**Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha**

En Quatro Tomos

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Londres, 1738**

Capitulo XXXVII. Donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras, graciosas aventuras.

**urn:nbn:de:gbv:45:1-1676**

buelta en sí, no avia hecho otra cosa fino llorar, y suspirar sin hablar palabra alguna: Y que así acompañados de silencio y de lagrimas avian llegado à aquella venta, que para él era aver llegado al Cielo, donde se rematan, y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

## CAPITULO XXXVII.

*Donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.*

**T**ODO esto escuchava Sancho no con poco dolor de su anima, viendo que se le desaparecian, è iban en humo las esperanças de su ditado; y que la linda Princesa Micomicona se le avia buuelto en Dorotea, y el Gigante en Don Fernando; y su amo se estava durmiendo à sueño suelto, bien descuydado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea, si era soñado el bien que poseya. Cardenio estava en el mismo pensamiento; y el de Lucinda corria por la misma cuenta. Don Fernando dava gracias al Cielo por la merced recebida de averle sacado de aquel intrincado Laberinto, donde se hallava tan à pique de perder el credito y el alma: Y finalmente quantos en la venta estava, estava contentos, y gozosos del buen suceso que avian tenido tan travados, y desesperados negocios. Todo lo ponía en su punto el Cura como discreto; y à cada uno dava el parabien del bien alcanzado; pero quien mas se jubilava, y se contentava era la ventera por la promessa que Cardenio y el Cura le avian hecho de pagalle todos los daños, è interesses, que por cuenta de Don Quixote le huviesen

èssen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el Afligido, el desventurado, y el triste: Y assi con melancolico semblante entrò à su amo (el qual acabàva de despertar) a quien dixo: Bien puede vuestra merced, señor triste figura, dormir todo lo que quisiere sin cuydado de matar à ningun Gigante, ni de bolver à la princesa su reyno, que ya todo està hecho, y concluydo. Eссо creo yo bien, respondiò Don Quixote, porque he tenido con el Gigante la mas descomunal, y desaforada batalla, que pienso tener en todos los dias de mi vida; y de un revès, zàs, le derribè la cabeça en el suelo, y fuè tanta la sangre, que le saliò, que los arroyos corrian por la tierra como si fuèran de agua. Como si fuèran de vino tinto, pudièra vuestra merced dezir mejor, respondiò Sancho; porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el Gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seys arrobas de vino tinto, que encerràva en su vientre, y la cabeça cortada es la puta que me pariò, y llèvelo todo satanas. Que es lo que dizes loco? replicò Don Quixote: estàs en tu seso? Levàntese vuestra merced, dixo Sancho, y verà el buen recado que ha hecho, y lo que tenèmos que pagar, y verà à la Reyna convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros Sucèssos, que si cae en ellos, le han de admirar. No me maravillaria de nada deссо, replicò Don Quixote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aqui estuvimos, te dixè yo, que todo quanto aqui sucedia, eran cosas de encantamiento; y no serìa mucho, que aora fuèsse lo mesmo. Todo lo creyèra yo, respondiò Sancho, si tambien mi manteamiento fuèra cosa de esse jaèz; Mas no lo fuè, sino



real y verdaderamente; y vi yo que el ventero, que aqui està oy Dia, tenia del un cabo de la manta, y me empujava hàzia el Cielo con mucho donayre, y brio, y con tanta rifa, como fuerça; y donde interviene conocerse las personas, tengo para mi, aunque simple y pecador, que no ay encantamiento alguno, fino mucho molimiento, y mucha malaventura. Aora bien, Dios lo remediarà, dixo Don Quixote; dame de vestir, y dexame salir allà fuera, que quiero ver los sucesos y transformaciones, que dizes.

DIÒLE de vestir Sancho; y en el entretanto que se vestia, contò el Cura à Don Fernando y à los demas las locuras de Don Quixote, y del artificio que avian usado para facarle de la peña pobre, donde el se imaginava estar por desdènes de su sehora. Contòles assimismo casi todas las aventuras que Sancho avia contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles lo que à todos parecia, ser el mas extraño género de locura, que podia caber en pensamiento disparatado. Dixo mas el Cura, que pues ya el buen suceso de la Señora Dorotea impedia passar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar à su casa. Ofreciòse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Lucinda haria, y representaria la persona de Dorotea. No, dixo Don Fernando, no ha de ser assi; que yo quiero, que Dorotea profiga su invencion, que como no seà muy leños de aqui el lugar deste buen Cavallero, yo holgarè de que se procure su remedio. No està mas de dos Jornadas de aqui, dixo el Cura. Pues aunque estuvièra mas, dixo Don Fernando, gustàra yo de caminallas à trueco de hazer tan buena obra.

SALIÒ

SALIÒ en esto Don Quixote armado de todos sus pertrechos, con el Yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeça, embraçado de su rodela, y arrimado à su tronco, ò lançon. Suspendiò à Don Fernando y à los demas la estraña presencia de Don Quixote, viendo su rostro de media legua de andadura, feco, y amarillo, la desigualdad de sus armas, y su mesurado continente; y estuvièron callando hasta ver lo que èl dezia: El qual con mucha gravedad, y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dixo:

ESTOY informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro Ser se ha deshecho; porque de Reyna y gran señora que solíades ser, os avèys bueltò en una particular donzella. Si esto ha sido por orden del Rey Nigromante vuestro padre, temeroso de que yo no os dièsse la necesaria, y devida ayuda; digo, que no supo, ni sabe de la Miffa la media, y que fuè poco versado en las historias cavallerescas; porque si èl las huvièra leydo, y passado tan atentamente, y con tanto espacio, como yo las passè, y ley, hallàra à cada passo, como otros Cavalleros de menor fama que la mia, avian acabado cosas mas dificultosas, no sièndolo mucho matar à un Gigantillo por arrogante que sea; porque no hà muchas horas que yo me ví con èl, y... quiero callar, porque no me digan que miento; pero el tiempo, Descubridor de todas las cosas, lo dirà quando menos lo pensèmos. Vistes os vos con dos cueros, que no con un Gigante, dixo à esta fazon el ventero, al qual mandò Don Fernando, que callàsse, y no interrumpièsse la platica de Don Quixote en ninguna manera; y Don Quixote profiguiò, diziendo: Digo en fin,



alta, y desheredada señora, que si por la causa, que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamorfóseos en vuestra persona, que no le deys credito alguno; porque no ay ningun peligro en la tierra, por quien no se abra camino mi espada, con la qual, poniendo la cabeça de vuestro enemigo en tierra, os pondré a vos la corona de la vuestra en la cabeça en breves dias.

No dixo mas Don Quixote, y esperò à que la Princesa le respondièsse, la qual como ya sabia la determinacion de Don Fernando, de que se profiguièsse adelante en el engaño hasta llevar à su tierra à Don Quixote, con mucho donayre y gravedad le respondiò: Quien quièra que os dixo, Valeroso Cavallero de la triste figura, que yo me avia mudado, y trocado de mi fer, no os dixo lo cierto; porque la misma que ayer fuè, me soy òy: Verdad es, que alguna mudança han hecho en mi ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dada la mejor que yo pudièra desfearme; pero no por effo hè dexado de fer la que antes, y de tener los mesmos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso, è invincible braço, que siempre hè tenido: Assi que, señor mio, vuestra bondad buelva la honra al padre que me engendrò, y têngale por hombre advertido, y prudente, pues con su ciencia hallò camino tan facil, y tan verdadero para remediar mi desgracia; que yo creo, que si por vos, señor, no fuèra, jamas acertàra à tener la ventura, que tengo; y en esto digo tanta verdad, como son buenos testigos della los mas destos señores, que estàn presentes. Lo que resta es, que mañana nos pongàmos en camino, porque ya oy se podrà hazer poca jornada, y en lo demas del

del buen suceso, que espero, lo dexaré à Dios, y al valor de vuestro pecho.

ESTO dixo la discreta Dorotea, y en oyéndolo Don Quixote; se bolvió à Sancho, y con muestras de mucho enojo, le dixo: Aora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor vella-cuelo, que ày en España. Dime, ladron vagamundo, no me acabaste de dezir aora, que esta Princesa se avia buuelto en una donzella, que se llamava Dorotea? Y que la cabeça, que entiendo que cortè à un Gigante, era la puta que te pariò? Con otros disparates que me pusièron en la mayor confusion que jamas he estado en todos los dias de mi vida? Vòto (y mirò al Cielo, y apretò los dientes) que estoy por hazer un estrago en ti, que ponga sal en la mollèra a todos quantos mentirosos escuderos huviere de Cavallèros andantes de aqui adelante en el mundo. Vuestra merced se fosiègue, Señor mio, respondiò Sancho, que bien podria fer, que yo me huvièsse engañado en lo que toca à la mutacion de la Señora Princesa Micomicona; pero en lo que toca à la cabeça del Gigante, ò alomenos à la horadacion de los cueros, y à lo de fer vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios; porque los cueros alli estàn heridos à la cabeça del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento; y fino, al freyr de los huevos lo verà: Quiero dezir, que lo verà quando aqui su merced del Señor ventero le pida el menoscabo de todo. De lo demàs, de que la Señora Reyna se estè como se estàva, me regozijo en el alma, porque me vâ mi parte, como à cada hijo de vezino. Aora yo te digo, Sancho, dixo Don Quixote, que eres un mentecato, y perdòname, y basta. Basta, dixo



dixo Don Fernando, y no se hable mas en esto. Y pues la Señora Princesa dize, que se camine mañana, porque yá oy es tarde, hagáse assi, y esta noche la podremos passar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al Señor Don Quixote, porque queremos ser testigos de las valerosas, è inauditas hazañas, que ha de hazer en el discurso desta grande empresa, que à su cargo lleva. Yo soy el que tengo de servir, y acompañaros respondió Don Quixote; y agradezco mucho la merced, que se me haze, y la buena opinion que de mi se tiene, la qual procurarè que salga verdadera, ò me costará la vida, y aun mas, si mas costarme puede.

MUCHAS palabras de comedimiento, y muchos ofrecimientos pasaron entre Don Quixote, y Don Fernando; pero à todo puso silencio un pasajero, que en aquella sazón entrò en la venta, el qual en su trage mostrava ser Christiano rezien venido de tierra de moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas, y sin cuello. Los calçones eran assi mismo de lienço azul, con bonete de la misma color. Traya unos borzeguies datilados, y un alfange Morisco puesto en un Tahalì, que le atravesava el pecho. Entrò luego tras el encima de un jumento una muger à la Morisca vestida, cubierto el rostro, con una toca en la cabeça. Traya un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa, que desde los ombros à los pies la cubria. Era el hombre de robusto, y agradable talle, de edad de poco mas de quarenta años, algo moreno de rostro, largo de vigotes, y la barba muy bien puesta. En resolucion el mostrava en su apostura, que



que si estuvièra bien vestido, le juzgàran por persona de calidad, y bien nacida. Pidiò en entrando un aposento; y como le dixèron, que en la venta no le avia, mostrò recibir pesadumbre, y llegàndose à la que en el trage parecia Mora, la apeò en sus braços. Lucinda, Dorotea, la ventera, su hija, y maritornes, llevadas del nuevo, y para ellas nunca visto trage, rodeàron à la Mora; y Dorotea que siempre fuè agraciada, comedida, y discreta, parecièndole, que assi ella como el que la traÿa se congoxàvan por la falta del aposento, le dixo: No os dè mucha pena, Señora mia, la incomodidad de regalo que aqui falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas: Pero con todo esto, si gustàredes de passar con nosotras (señalando à Lucinda) quiçà en el discurso deste camino, avrèys hallado otros no tan buenos acogimientos? No respondiò nada à esto la emboçada, ni hizo otra cosa, que levantarse de donde sentado se avia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeça, doblò el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginàron, que sin duda alguna devia de ser Mora, y que no sabia hablar Christiano.

LLEGÒ en esto el cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces avia estado; y viendo que todas tenian cercada à la que con èl venia, y que ella à quanto le dezian, callava, dixo: Señoras mias, esta donzella apenas entiendo mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme à su tierra, y por esto no deve de aver respondido, ni responde à lo que se le hà preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondiò Lucinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía, y parte del lugar donde nos

aco-



acomodàremos, donde se le harà el regalo que la comodidad ofreciere, con la voluntad que obliga à servir à todos los estrangeros, que dello tuvièren necesidad, especialmente siendo muger à quien se sirve. Por ella y por mi, respondiò el cautivo, os beso, señora mia las manos, y estimo mucho, y en lo que es razon la merced ofrecida; que en tal ocasion, y de tales personas, como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver, que ha de ser muy grande. Dezidme, Señor, dixo Dorotea, esta Señora es Christiana, ò Mora? porque el trage, y el silencio nos haze pensar, que es lo que no querriamos que fuèsse. Mora es en el trage y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande Christiana, respondiò el cautivo, porque tiene grandísimos deseos de serlo. Luego no es bautizada? replicò Lucinda. No ha avido lugar para ello, respondiò el cautivo, despues que saliò de Argel su patria y tierra; y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana, que obligàsse à bautizarla, sin que supiéssse primero todas las ceremonias que nuestra madre la Santa Iglesia manda: Pero Dios será fervido, que presto se bautize con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su habito, y el mio. Estas razones puso gana en todos los que escuchàndole estàvan, de saber quien fuèsse la Mora y el cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entonces por ver que aquella fazon era mas para procurarles descanso, que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomò por la mano, y la llevò à sentar junto à si, y le rogò, que se quitàsse el emboço. Ella mirò al cautivo, como si le preguntàra, le dixèsse lo que dezian, y lo que ella harìa. El, en lengua Arabiga

Arabiga le dixo, que le pedian, se quitàsse el emboço, y que lo hizièsse; y assi se lo quitò, y descubriò un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por mas hermosa que à Lucinda, y Lucinda por mas hermosa que à Dorotea; y todos los circunstantes conocièron, que si alguno se podia igualar al de las dos, era el de la mora; y aun huvò algunos que la aventajàron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa, y gracia de reconciliar los animos, y atraer las voluntades, luego se rindièron todos al desèo de servir, y acariciar à la hermosa Mora. Preguntò Don Fernando al cautivo, como se llamava la Mora? El qual respondiò que *Lela Zorayda*; y assi como esto oyò ella, entendiò lo que le avian preguntado al Christiano, y dixo con mucha prièssa, llena de congoja y donayre: No, no *Zorayda*; *Maria, Maria*, dando à entender, que se llamava *Maria*, y no *Zorayda*. Estas palabras, y el grande afecto con que la Mora las dixo, hizièron derramar mas de una lagrima à algunos de los que la escuchàron, especialmente à las mugeres, que de su naturaleza son tiernas, y compasivas. Abraçòla Lucinda con mucho amor, dizièndole: Si, Si *Maria, Maria*: A lo qual respondiò la Mora: Si, Si *Maria, Zorayda macange*, que quiere dezir, No.

Y A en esto serian las quatro de la tarde, y por orden de los que venian con Don Fernando, avia el ventero puesto diligencia, y cuydado en adereçarles de merendar lo mejor que à el le fuè possibile. Llegada pues la hora, sentàronse todos à una larga mesa, como de Tinèlo, porque no la avia redonda, ni quadrada en la venta: Y dièron la cabecera y principal asiento (aunque el lo rehusàva) à Don Quixote, el



qual quiso que estuvièsse à su lado la Señora Micomicona, pues el era su guardador. Luego se sentaron Lucinda y Zorayda, y frontero dellas Don Fernando y Cardenio, y luego el cautivo, y los demas Cavalleros; y al lado de las Señoras el Cura y el Barbero. Y assi merendaron con mucho contento; y acrecentòseles mas, viendo, que dexando de comer Don Quixote, movido de otro semejante espiritu, que èl que le moviò à hablar tanto como hablò, quando cenò con los cabreros, començò à dezir.

VERDADERAMENTE si bien se confidera, Señores mios, grandes, è inauditas cosas ven los que professan la orden de la andante cavalleria: Sino, qual de los vivientes avrà en el mundo, que aora por la puerta deste castillo entrara, y de la fuerte que estamos, nos vièra, que juzgue, y crea, que nosotros somos, quien somos? Quien podrà dezir, que esta Señora, que està à mi lado, es la gran Reyna, que todos sabemos, y que yo foy aquel cavallero de la triste Figura, que anda por ay en boca de la fama? Aora no ay que dudar, sino que esta arte y exercicio excede à todas aquellas y aquellos, que los hombres inventaron; y tanto mas se ha de tener en estima, quanto à mas peligros està fugeto. Qùitense de delante los que dixèren, que las letras hazen ventaja à las armas; que les dirè (y sean quien se fuèren) que no saben lo que dizen: Porque la razon que los tales fueren dezir, y à lo que ellos mas se atienen es, que los trabajos del espiritu exceden à los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se exercitan, como si fuèsse su exercicio officio de ganapanes, para el qual no es menester mas de buenas fuerças; ò como si en  
esto

esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrassen los actos de la fortaleza, los quales piden, para executallos, mucho entendimiento; ò como si no trabajasse el animo del guerrero, que tiene à su cargo un exercito, ò la defenfa de una ciudad sitiada, assi con el espiritu, como con el cuerpo. Sino vease, si se alcança con las fuerças corporales à saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen: Que todas estas cosas, son acciones del entendimiento en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo, pues, assi, que las armas requieren espiritu como las letras, veamos aora, qual de los dos espiritus, el del Letrado, ò el del guerrero trabaja mas? Y esto se vendrà à conocer por el fin y paradero à que cada uno se encamina; porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo aora de las divinas, que tienen por blanco, llevar y encaminar las almas al Cielo; que à un fin tan fin fin como este, ninguno otro se le puede igualar:) Hablo de las letras humanas, que es su fin, poner en su punto la justicia distributiva, y dar à cada uno lo que es fuyo, y entender y hazer que las buenas leyes se guarden: Fin por cierto generoso y alto, y digno de grande alabança; pero no de tanta, como merece aquel à que las armas atienden, las quales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y assi las primeras buenas nuevas, que tuvo el mundo y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los Angeles la noche que fue nuestro dia, quando cantaron



en los ayres: *Gloria sea en las Alturas, y paz en la tierra à los hombres de buena voluntad.* Y la salutacion, que el mejor maestro de la tierra, y del Cielo enseñò à sus allegados, y favorecidos, fuè dezirles, que quando entràssen en alguna casa, dixèssen: *Paz sea en esta Casa.* Y otras muchas vezes les dixo: *Mi Paz os doy: mi paz os dexo: Paz sea con vosotros:* Bien como joya y prenda dada, y dexada de tal mano: Joya que fin ella en la tierra, ni en el Cielo puede aver bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra; que lo mesmo es dezir armas que guerra. Presupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en efeto haze ventaja al fin de las letras: vengàmos aora à los trabajos del cuerpo del letrado, y al del professor de las armas; y vèase quales son mayores.

DE tal manera, y por tan buenos terminos iba profugiendo en su platica Don Quixote, que obligò à que por entonces ninguno de los que escuchàndole estàvan, le tuvèsse por loco: Antes como todos los mas eran Cavalleros, à quien son anexas las armas, le escuchàvan de muy buena gana, y èl profugió diziendo.

DIGO, pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza (no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el estremo que pueda ser) y en aver dicho que padece pobreza, me parece que no avia que dezir mas de su mala ventura; porque quien es pobre, no tiene cosa buena: Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto. Pero con todo effo no es tanta, que no coma, aunque sea un poco mas tarde de lo que se ùsa, aunque seà  
de